

Ambulancias

Philip Larkin
(1922-1985)

Traducción Armando Roa Vial*

Herméticas como confesionarios se abren paso
a través del ruidoso mediodía de las ciudades
y no responden a las miradas absortas en ellas.

Gris lustroso, con su escudo en la placa,
llegan para estacionarse en cualquier vereda:
todas las calles, a su debido tiempo, son visitadas.

Y entonces niños apostados en aceras
y mujeres que llegan de las tiendas
luego de esquivar los olores de comidas diversas,
miran ese rostro pálido y agreste que rebasa
fugazmente la manta roja de la camilla
al ser puesto y acomodado en ella.

Y reciben por entero, en un segundo,
el resuelto vacío
que yace bajo todo lo que hacemos,
permanente, desnudo, conclusivo.

Luego el vehículo
se pierde a la distancia. *Pobre diablo,*
susurran perturbados.

Pues aún amortiguado
puede ir allí el inesperado golpe de la pérdida
merodeando algo que toca fin,
y todo cuanto era congruente a través de los años,
las irrepitibles y fortuitas mezclas
de familias y costumbres, ahora, en ese vehículo,
de una vez por todas,

comienzan a aflojar. Ajeno
a todo intercambio amoroso, ese rostro yace
inalcanzable en una cabina
que el tráfico despide al dejarla avanzar
aproximándolo al desenlace que está por venir
y amortiguando en la lejanía todo lo que somos.

* Armando Roa Vial. Poeta, traductor y ensayista chileno. Premio Pablo Neruda 2002.



Comentario

Philip Larkin es considerado por muchos como uno de los mayores poetas británicos de la segunda mitad del siglo XX. Su poema "Ambulancias" pertenece al volumen "Las bodas de Pentecostés", publicado en 1964. Se trata de un texto representativo de la poética de Larkin, elaborada desde la crítica hacia lo que consideraba una sociedad conformista, basada en el puro bienestar y en el lucro, y que busca anestesiar todo signo de erosión que debilite el sistema desenmascarando la vanidad

de lo humano. Las ambulancias, para Larkin, son antesalas, territorios fronterizos entre la vida y la muerte; su irrupción sorpresiva y urgente rompe la serenidad habitual de un barrio de la ciudad; su paso fugaz nos hace asomarnos a nuestra propia fragilidad –como si fueran confesionarios- levantando un signo de interrogación al sentido de tantos afanes inútiles que consumen nuestras vidas para esconder o maquillar lo inevitable: que la muerte y la enfermedad, "a su debido tiempo, terminan por visitar todas las calles"